

Infancia y adolescencia de un hijo de la REVOLUCIÓN

Alejandro Gómez Arias

Oaxaca

Nací en la ciudad de Oaxaca. La capital del estado era una ciudad pequeña pero de una notable y luminosa belleza que, en su parte histórica, aún conserva. La población se construía sobre una base popular pobre dominada por una pseudoaristocracia muy conservadora que cubría las miserias provincianas con un trato cortés. Así fue para nosotros hasta que mi padre fue objeto de persecuciones durante el gobierno de Victoriano Huerta, hacia fines de 1913, año en que abandonamos Oaxaca para ir a vivir a la Villa de Guadalupe Hidalgo, donde transcurrió la segunda etapa de mi infancia.

De Oaxaca guardo, naturalmente, sólo imágenes desvaídas. Recuerdo, por ejemplo, a mi abuela materna, Rosario Varela, mejor y popularmente conocida como Mamá Chayo. Ninguno de sus contemporáneos dejó de conocerla, muchos la visitaban o se detenían a conversar con ella. Lo mismo gente del pueblo que de la "buena sociedad". La veo sentada en el balcón de su sala en su mecedor "de Viena" de maderas negras curvadas y relucientes. Pulcrísima. Debió ser en su juventud una mujer excepcionalmente bella. Se adornaba con sus cadenas de oro trabajadas en Oaxaca o sus juegos de azabache. Mamá Chayo pasaba largas horas contemplando la vida del pueblo, que cruzaba frente a ella. Su balcón daba al jardín Antonia Labastida donde había fres-

Estas líneas de Alejandro Gómez Arias forman parte del libro de Víctor Díaz Arciniega *Miro que con ellas vas. Una memoria reflexiva*, de próxima aparición.

nos y una fuente. Un rincón romántico oaxaqueño cerrado en uno de sus lados por una iglesia pequeña de cantera verde-azul, La Sangre de Cristo. Desde su balcón Mamá Chayo saludaba a sus incontables amigos. Muchos se detenían a conversar con esa vieja, encantadora mujer, dueña de una sabiduría adquirida con los años, que era un testimonio viviente de la historia de su ciudad.

Rosario Varela casó dos veces: la primera con Tiburcio Montiel, abogado oaxaqueño, liberal radical y en un tiempo gobernador del Distrito Federal. Como soldado combatió a los invasores norteamericanos y a los franceses; fue un general valiente y cruel, siempre leal a Juárez, a quien siguió en todos los turbulentos episodios de aquellas luchas. Fue padre de Alberto Montiel, abogado eminente que llegó a ser gobernador de Oaxaca. Tiburcio Montiel nunca volvió a su tierra natal y murió, probablemente, en la ciudad de México.

Años después la viuda Rosario Varela casó con Adolfo Arias, quien llegó de España como representante de una compañía teatral. Mi abuela conoció al que sería su esposo porque era dueña de dos teatros a los que llegó su compañía a trabajar. Uno era un verdadero corral como los del teatro clásico español, el otro un teatro pobre como tantos de la época. Arias enfermó y decidió volver a España por una temporada para curarse. El viaje en litera hacia Puebla lo debilitó y murió en esa ciudad. Sus hermanos de la masonería se hicieron cargo de los funerales, enviaron sus pertenencias a la viuda y aun la ayudaron por algún tiempo.

Por el lado de la familia de mi padre tengo pocas noticias. Esto quizá porque él murió cuando yo era un adolescente.

Por la otra, a que mi madre, que vivió conmigo hasta su muerte, me hablaba más de su gente que de la de mi padre. Debo agregar que debo a mi madre mi lejano pero real arraigo a mi tierra. Ella me contaba la historia de su tiempo, me hablaba de sus contemporáneos, de amigas de su infancia o su juventud y de las familias de ellas. Dominaba, creo que eso era parte de la educación de las jóvenes de entonces, la rica cocina oaxaqueña. Por eso, así viviéramos en la Villa de Guadalupe, en Cananea o en Los Angeles, una atmósfera oaxaqueña me rodeó siempre.

De los Gómez sé poco. Tenían una vieja tradición liberal. Marcos Pérez fue uno de los amigos más cercanos a mi abuelo. La figura de Pérez ha sido olvidada pero, abogado, director del Instituto Científico y Literario de Oaxaca, gobernador, perteneció a esa especie de soldados-letrados que no fue rara en las luchas del siglo pasado. Amigo y tal vez consejero de don Benito, encabezó en Oaxaca al Partido Liberal.

La ciudad de Oaxaca durante la segunda mitad del siglo XIX y principios de éste era un centro cultural importante. Muchos jóvenes estudiaron ahí procedentes de Chiapas, Yucatán y hasta de Centroamérica. Varios de los más famosos "científicos" que rodearon al general Díaz salieron de las aulas del Instituto. Mi padre fue compañero de esos hombres, él llegó a ser un médico distinguido, maestro del Instituto (antecedente histórico de la hoy Universidad Benito Juárez) y de la Academia, especie de escuela normal para mujeres. Ya con prestigio profesional y cierta posición económica formó su familia, casó a principio del siglo con María Arias, una belleza notable. Fui el segundo de sus hijos.

Mi padre se interesó siempre por la política, aun en el medio estrecho y asfixiante en que pasó su juventud. Amigo de Juan Sánchez, abogado, entusiasta maderista, se unió al grupo de partidarios de Madero. Esto fue el fin de nuestra vida oaxaqueña. A partir de ahí se iniciaron las hostilidades contra mi padre, que se acentuaron con el asesinato de Madero y el ascenso de Huerta. Gobernaba Oaxaca Miguel Bolaños Cacho, abogado grandilocuente y solemne, autor de obras sobre derecho, amigo fraternal de mi padre —era mi padrino. Esto no le impidió perseguirlo hasta amenazarlo de muerte. Salimos de Oaxaca. Huida dolorosa y violenta. Todo se deshizo. Mi padre instaló su consultorio en la Villa de Guadalupe. Me inscribieron en una escuela cercana a la estación del ferrocarril donde, creo, cursé el segundo año de primaria, porque en Oaxaca tuve un maestro que me enseñó a leer. Era un joven educador famoso llamado Juan B. Morales. No sólo me enseñó a leer, los primeros pasos en la aritmética y las ciencias naturales como entonces se llamaban, sino principalmente, me llevó a amar los libros y la lectura.

Tomaba mis clases en una habitación que estaba al fondo de la casa. Era la biblioteca de mi padre. Él compró para mí un mesabanco como los que se usaban en las escuelas oficiales y un pizarrón. El pupitre tenía una ranura para los lápices y una perforación para el tintero. Si se levantaba la tapa se descubría un espacio para los libros y cuadernos.

De esta manera desde mi infancia me vi rodeado de libros. Podía ya leer los títulos de los que estaban en los anaqueles más bajos y hasta hojearlos para ver las ilustraciones. En mi

memoria quedaron grabados los tomos negros de la *Geografía* de Eliseo Reclus, los numerosos volúmenes rojos de la *Enciclopedia Hispano Americana*, los verdes del *Grand Larousse*. Por supuesto los fondos de esa biblioteca eran los libros de medicina. Para mi padre su biblioteca era lo más preciado. Cuando salimos de Oaxaca la defendió hasta el fin. Pudo instalarla, por último, en su consultorio de la Villa de Guadalupe pero cuando nos trasladamos a Sonora en un viaje erizado de peligros, en plena furia revolucionaria, alguien quedó a su cuidado y pronto la saquearon. A la muerte de mi padre mi madre vendió lo que quedaba y hoy conservo solamente algunos libros, entre ellos los cinco enormes tomos del *Diccionario Etimológico* de Roque Barcia. En Oaxaca mi padre, que no era rico pero que llegó a tener cierta posición, llenó la casa de objetos bellos como lámparas, tapetes, cristales. Todo se perdió y muchos años después pude rescatar parte de las vajillas de porcelana de Meissen con los monogramas de mis padres. Las conservo como los restos de un naufragio. El primero de mis naufragios.

La Villa de Guadalupe

En la Villa de Guadalupe vivimos en una casa que estaba en el cruce de Progreso y Montiel, construcción que ya no existe, de lo contrario quedaría dentro del atrio de la nueva Basílica. Casa modesta, nunca comparable a la de Oaxaca. La Villa no era ya un pueblo tan tranquilo como tal vez había sido en otro tiempo. Mucha gente empezaba a llegar huyendo de la violencia que estremecía al país. La Villa no estaba a salvo de esos temores. Cuando algún grupo revolucionario ocupaba el pueblo, se suspendían las clases en las escuelas y cerraban los comercios. Para llegar a mi escuela era preciso atravesar el jardín frente al Palacio Municipal. A menudo no podía hacerlo porque lo ocupaban los vivaques de los soldados revolucionarios. En el centro del jardín había una fuente (¿existirá?), una columna de piedra rosa rodeada de alegorías que representaban a los continentes coronados por una virgen. Después llegaba frente a una triste y alta construcción colonial. Al lado de su gran puerta una placa de mármol decía que en ese lugar se habían firmado los Tratados de Guadalupe. Medio México se había perdido. Unos cuantos pasos y llegaba a mi escuela.

Inolvidable: La primaria "Carlos María Bustamante" donde cursé 4º y 5º años. Nuestro salón era el más grande, en el primer piso. Desde sus ventanas podía verse un jardín, polvoso y melancólico de viejos eucaliptos: El Bosque. El trasfondo lo formaban los pequeños cerros de La Villa, en primer término el Tepeyac con las tumbas de muchas figuras de la historia de México, la de Santa Anna en primer término. El salón de clases estaba adornado con amarillentas litografías: el Templo de Luxor, el Partenón y, como en todas las primarias de entonces, los cuadros de Historia Natural del profesor Luis Murillo.

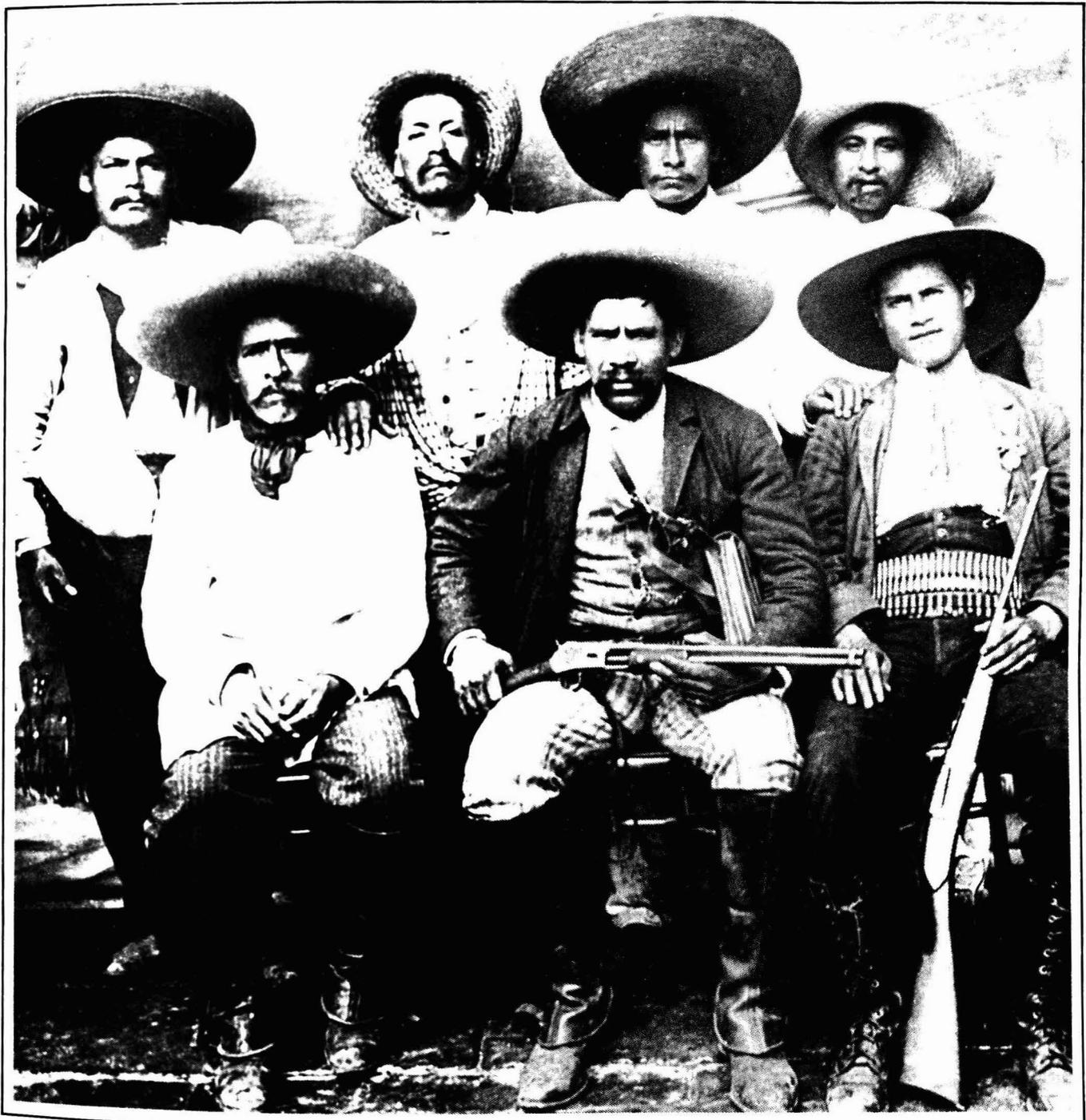
Nuestra escuela era importante. Desde la ciudad de México llegaban, recorriendo todos los días un largo trayecto, alumnos atraídos por la fama de los maestros, entre ellos don José Muñoz de Cote, quien pese a su prestigio de gran peda-

gogo —y lo era— concluyó en una vejez amarga vendiendo dulces en los tranvías.

Para las clases de lectura utilizábamos un libro editado por Appleton, el *Mantilla*, que se dice preparó José Martí. Para la clase de caligrafía, cuadernos también impresos en Estados Unidos, de letra vertical; al frente tenían una leyenda: "La pluma es más poderosa que la espada". La guerra europea llegó hasta nosotros como reflejo de las opiniones familiares. Una pequeña guerra de partidarios de Francia contra los de Alemania que eran los más. Enrique Fuentes, francófilo amigo de entonces y el único que hablaba francés, me prestaba libros policíacos en esa lengua que yo empezaba a leer. Otro amigo entrañable, Pedro Sánchez, se hizo mucho más tarde cura y llegó a escribir una *Historia del Seminario Conciliar de la Ciudad de México*.

Por esos años permanecía mucho tiempo en la casa. Bien cuidado, pulcro, casi solitario, hundido en las lecturas de aquella edad: Verne, Salgari, Sherlock Holmes, Rocambole. Durante las prisiones de mi padre en la época de Huerta estuve más que nunca ligado a mi madre, quien me llevaba a sus compras y a veces, gran aventura, a recorrer las calles de Plateros.

Entre los vagos recuerdos algunos se hacen claros. Una noche, por ejemplo, subimos al Cerro del Tepeyac que tenía dos accesos, uno de escalones a la izquierda y otro de rampa. En éste se levantaba una alta vela de piedra, exvoto de un marino agradecido. Subimos para ver la ciudad lejana, iluminada por un incendio. El Palacio de Hierro ardía. Al día siguiente en alguno de los diarios que llegaban a la casa, Neve, el dibujante entonces famoso, publicó su historia: la ple-



Refugio Sánchez, zapatista. CESU-UNAM

be salía de los escombros con restos de abanicos, de pieles, de flores de seda, de retazos semiquemados de brocados lujosos. Otro recuerdo, muy posterior, quedó en mi memoria. En la esquina de la casa existía una carnicería, La Puerta del Sol; una mañana aparecieron destazados y colgados para su venta algunos gatos, era el año del hambre. Finalmente un tercer recuerdo: una mañana, cuando acompañaba a la sirvienta a comprar leche, como lo hacía con frecuencia, vi, por la calzada que llevaba a la Hacienda de Aragón, rodeado de unos cuantos soldados, a un hombre muy joven, increíblemente pálido. A una señal del jefe —un militar de rango inferior, quizá un sargento— el grupo se detuvo. El hombre joven sabía lo que debía hacer. El jefe dio las órdenes en voz muy baja. Retumbó la descarga. El hombre se desplomó pero uno de sus brazos quedó prendido en la alambrada de púas y su cuerpo osciló un momento, como un péndulo. Yo no comprendía nada de eso. Era la primera vez que conocía esa terrible realidad: la muerte de un hombre por otros hombres. Más tarde vi varios fusilamientos. Ninguno dejó en mi memoria tan profunda impresión como el del joven soldado. Un episodio de la bárbara realidad revolucionaria estremeció la conciencia infantil de —más tarde lo sabría— uno de sus hijos.

Mi padre, como médico o amigo, visitaba casas de pobres y ricos. En algunas ocasiones lo acompañaba. Íbamos en tranvía, en carretera de bandera azul y algunas veces en uno de los pequeños taxímetros franceses que ya rodaban por la ciudad; así llegué a ir a Tlalpan, Coyoacán o Atzacapotzalco. En este último lugar se levantaba una colonia en la que vivían algunos de los "científicos" que eran amigos de mi padre desde los días del Instituto de Oaxaca, como el jefe de ellos, Rosendo Pineda; quizá también, Reyes Espíndola. De esas visitas recuerdo particularmente una casa que estaba a la espalda del Ayuntamiento de La Villa. Yo esperaba a mi padre en un pequeño recibidor. Lo extraordinario eran las paredes totalmente cubiertas de cuadros, casi todos de bellos paisajes. Los dueños —guardo su imagen vagamente—, dos señoras que atendían a mi padre con gran cortesía. Era la casa de José María Velasco. Él ya había muerto y el luto de sus familiares y el cuidado de sus pinturas daban a la casa el carácter de un imponente monumento a su memoria.

Pero mi más vivo recuerdo de La Villa, es el del pueblo mismo. En su vida normal, un pequeño mundo cerrado, dominado por la iglesia. Sus puntos de referencia: la Colegiata, el Convento de "las coloradas", El Pocito de aguas sulfurosas que los visitantes sacaban, para beberla, en grandes cubos de cobre. Muy cerca, en los límites del pueblo, empezaba a extenderse una colonia miserable, la Martín Carrera.

La paz del pueblo enervaba, tranquilidad que se rompía a fines del año. Desde noviembre llegaban verdaderos ríos de gente, algunos grupos organizados; otros, los más, familias que habían hecho largas caminatas. Acampaban en el atrio de la iglesia, en las calles, en los jardines. Rezaban o cantaban en coro. Siguiendo a estos hombres, mujeres y niños, venían los vendedores de todo lo imaginable. También los que instalaban juegos y loterías y hasta una compañía de artistas chinos, malabaristas y músicos muy pobres que interpretaban canciones extrañas, hacían suertes y vendían abanicos.

Ir de la Villa a la ciudad era una aventura fascinante. Tomar el tranvía, recorrer llanos casi despoblados hasta Peralvillo, llegar al Zócalo y de ahí hasta el Teatro Principal, el Colón o el Arbeu, sin dejar de ver uno solo de los aparadores de las tiendas. Podíamos ir también al Salón Rojo. Exhibían películas de las grandes divas italianas o francesas o de Max Linder. Veíamos nuestras figuras deformadas en los espejos curvos. Todo eso lo anunciaba desde lo alto el faro de luz azul que el Salón Rojo tenía en su fachada.

No puedo precisar si la zona oriente de la Villa se inundaba o el lago llegaba hasta ella, pero en alguna época del año se escuchaban las detonaciones de las armas de los cazadores de patos; también usaban un sistema salvaje que llamaban armadas. Por el lado poniente de la Villa había grandes haciendas lecheras rodeadas de verdes pastizales y alfalfares. Por el rumbo de Aragón saltaba un géiser, se decía que al principio del siglo llegó a tener muchos metros de altura; lo que yo alcancé a ver era muy pequeño.

Todavía hoy me sorprende mi distanciamiento de las prácticas religiosas a pesar de que viví mi infancia rodeado de ellas. Lo atribuyo principalmente al pensamiento liberal de mi padre. Aun cuando mi padre era profundamente creyente nunca perteneció a cofradías o asociaciones religiosas, iba a la iglesia pero a misa solamente una vez al año, en diciembre. Por lo que a mí toca jamás fui a "la doctrina", ni siquiera hice la "primera comunión", no era necesario. Yo podía no creer. Pienso que la fe de mi padre era tan pura que nos cubría a todos.

¿Qué sobrevive de los años de mi infancia transcurridos en la Villa? Las figuras de la escuela, los maestros, los amigos se hicieron amarillas, desvaídas, lejanas. Quedó ciertamente el paisaje, como trasfondo remoto, triste y profundamente mexicano y sobre todo, el espectáculo de un pueblo, que yo sentía que era mi pueblo, infinitamente pobre, que se acercaba en oleadas cada año a la iglesia, como a una última absurda e imposible esperanza.

Hermosillo, Los Angeles, Cananea

Mi padre estuvo dos veces preso durante el huertismo. Sus ideas y sus relaciones con los revolucionarios lo hacían peligroso. Cuando fue puesto en libertad ofreció sus servicios como médico a los revolucionarios. Entiendo que con ese carácter estuvo en Zacatecas y otros estados de la república. Más tarde, en Sonora, llegó a ser director del Hospital Militar de Hermosillo y, al mismo tiempo, maestro en la escuela Cruz Gálvez que habían fundado los revolucionarios. Mi hermana, mi madre y yo pronto nos reunimos con él. Hicimos un viaje larguísimo cruzando campos todavía azotados por la lucha revolucionaria. Vi, con espanto, cómo de los postes del telégrafo colgaban los cuerpos de los ahorcados. Embarcamos en El Bonita, una pequeña nave sobrecargada y casi a punto de zozobrar. Así llegamos a Mazatlán para tomar el tren hacia Hermosillo; esa parte era peligrosa porque la tribu yaqui, todavía beligerante, asaltaba con frecuencia los trenes y cometía actos de extrema crueldad.

El viaje dejó en mí profundas huellas: ver la Revolución

en su exacta medida de tragedia y la tierra abandonada y estéril. Pero, en cambio, algo se fijó con belleza deslumbrante, la mayor experiencia que un niño pueda tener: conocer el mar. Llegamos a Hermosillo. Nos recibió un calor de fuego. Un clima de terror. Por las noches una calma pesada paralizaba todo. Las ramas inmóviles de las palmeras eran de un metal ardiente. Nuevo hogar en Ocampo número uno, frente a la plaza, el bello jardín de grandes ceibas; del otro lado del Palacio de Gobierno, en una esquina, vivía el gobernador don Adolfo de la Huerta; ciertas noches de silencio, abiertas las ventanas de su casa, como todas en Hermosillo, se le oía cantar.

Al principio no fui a ninguna escuela. Más tarde me inscribieron en la Academia del profesor Aja, maestro de varias



Campesinos comiendo

generaciones. En su academia se preparaban jóvenes para ser secretarías o empleadas de comercio; era una modesta pero útil institución educativa. Tengo entendido que una calle de Hermosillo lleva, en justo homenaje a su memoria, el nombre del profesor Aja. Al mismo tiempo que en la Academia yo recibía, en mi casa, lecciones del maestro Ángel Arriola. Eran pláticas en las que me enseñaba un poco de todo. Don Ángel era un excelente gramático y preparaba entonces un libro sobre el español de Sonora.

Después se fundó una escuela de agricultura en la hermosa finca de un antiguo gobernador porfirista. Los maestros eran agrónomos o estudiantes de la Escuela Nacional de Agricultura en Tacuba, que la abandonaron para sumarse al movimiento revolucionario. También algunos profesionistas radicados en Hermosillo, como el doctor Paliza, médico eminente. La escuela estaba en la Villa de Seris, separada en aquel tiempo de Hermosillo por el río. De ella recuerdo sus avenidas de chopos centenarios en los que vivían iguanas de pieles esmeralda, azules y amarillas, y de sus ramas colgaban los asombrosos nidos de las calandrias. Era ingrato estudiar ciertos textos como la física de Ganot, la química de Victoria o las matemáticas de Wenworth y Smith. En cambio me encantaban los libros de botánica y zoología y las prácticas escolares. Cultivábamos en pequeñas parcelas, verduras. Partíamos los jitomates y los extendíamos en grandes

tablones para que el sol los deshidratara. Ahora todo eso ha desaparecido, mi casa, la escuela, las ceibas de la plaza.

Los días transparentes terminaron. Mi padre pidió su baja. Mi madre enfermaba por el clima durísimo. Nuevamente huimos. Mi madre, mi hermana y yo a Los Angeles, en California. Otra casa, hacia el oeste de la ciudad, un bungalow viejo y precioso ¿cerca de la Avenida Normandie? Todos los días iba al centro, a una escuela más, en Hill Street. Allí un maestro, en un inglés un poco despeinado, nos contaba sus aventuras en Sudamérica como agente de Sherwin Williams.

El cine principiaba su fantástico despegue. Si se visitaban los estudios podía verse de lejos a las estrellas: Chaplin joven manejando su Stutz rojo, Mary Pickford, las hermanas Gish, Dorothy Phillips, Mae Marsh. Las columnas y los elefantes colosales de cartón y yeso se deshacían con el sol y la lluvia, los escenarios de *Intolerancia*, una de las gigantescas producciones de Griffith.

Volvimos a México pero no a Hermosillo sino a Cananea. Mi padre instaló su consultorio en el único edificio para despachos que entonces existía, en el Ronquillo. Desde las ventanas se veía el Banco y enfrente grandes bodegas con un estribo alto para facilitar el manejo de las cargas. En él, según una fotografía histórica, se formaron algunos de los *rangers* que el gobernador Izabal llamó de Estados Unidos para ahogar la huelga.

Llegamos a Cananea tal vez a principios de 1918. Un cambio absoluto. Las montañas, impresionantes, parecían metálicas. Al principio vivimos en un pequeño hotel, el Sonora; era una construcción de madera de dos pisos. En el primero una pequeña estancia con una mesa de billar, el comedor, la cantina y la cocina. En el segundo las habitaciones. Un hotel del lejano oeste. A menudo llegaban gringos que se atrevían a venir de Naco o de más lejos, en sus Pathfinder, sus Pierce-Arrow, sus Dodge o sus pequeños Overland. Después nos cambiamos a un bungalow que tenía una preciosa chimenea. Quemábamos trozos de encino que llenaban la casa de un perfume seco y amargo.

El Hotel Sonora, tan pobre, es, no obstante, un episodio inolvidable. Una mañana, por ejemplo, al correr la cortina de la ventana de mi cuarto, vi que todo había cambiado. Las casas, las calles, los árboles, amanecieron cubiertos de un pesado manto blanco. Había nevado toda la noche. Conocer la nieve para un muchacho del sur, es una fecha en su vida: ¡lo que había leído en los libros y visto en las películas existía, frente a mí, con su imponente, infinita, ondulante blancura!

En Cananea, mi madre tenía una amiga norteamericana que vivía del "otro lado"; hacía viajes con frecuencia y traía cosas, telas para vestidos, estambres, revistas y algunos libros, lo que no se podía comprar en Cananea. No sé por qué me tomó cariño. Un día me regaló un libro, la *Spoon River Anthology* de Edgar Lee Masters. Fuera de los poemas de los textos escolares, no había leído poesía y mucho menos en una lengua extraña. ¿Qué importaban a un muchacho solitario las vidas de Herman Altmar o Sarah Brown, figuras oscuras de un pueblo insignificante? Sin embargo leí el libro sombrío.

Vivíamos contraesquina de una iglesia protestante; por un



lado la casa daba a unos terrenos baldíos, a lo lejos uno de esos panteones de los pueblos mexicanos, olvidado y ruinoso. Cuando volví a Cananea, muchos años más tarde, aún quedaban el bungalow y la iglesia de ladrillo rojo pero ya no podía verse el antiguo cementerio. Frente a nuestra casa como camino obligado pasaban los cortejos fúnebres. Recuerdo uno que se enlaza con la experiencia que ya he contado de la Hacienda de Aragón. Todo pasó como un relato de Bret Harte o mejor como uno de esos juicios, sin instancia, tan frecuentes en la Revolución Mexicana: asaltaron el Banco. El presidente municipal mandó imprimir unos volantes en papel para cigarros, pidiendo voluntarios para perseguir a los asaltantes. Quienes acudieran debían presentarse con sus armas y caballo. Muchos obedecieron. Alcanzaron a los asaltantes. Los vi pasar. Los delincuentes atados los brazos a la espalda. Oí, a lo lejos, los disparos.

Llegó el otoño y el aire fino y ya frío de la sierra barría suavemente Cananea. Por ese tiempo y con un amigo, el hijo de un dentista gringo, salía al campo a recoger bellotas, unos pequeños frutos que una especie de encinos enanos dejan caer. La tierra se cubría al atardecer de flores blancas, estrellas de cinco pétalos que salían de sus minúsculos bulbos que con dulzura de jícamas, podían comerse. Vimos conejos, liebres y a menudo serpientes que se deslizaban sonando sus crótalos.

Por aquel tiempo se extendió una epidemia, la mortal influenza española. Muchos de los mineros solicitaron los servicios de mi padre en vez de atenderse con los médicos de las compañías, sin duda por el idioma o por el mal trato que a los mexicanos daban los extranjeros. Mi padre ganó la estimación de los mineros a tal punto que sin ser nativo de la región, sin pertenecer a ningún partido político, lo eligieron diputado federal para la XXVIII Legislatura. No fue fácil: sus contrincantes eran un ingeniero Hoyos y el viejo revolucionario profesor Luis G. Monzón, que se hacía llamar pri-

mer comunista mexicano, hombre pintoresco pero sin duda valioso y prestigiado.

Mi padre dejó Cananea antes que nosotros. Debía presentar en cierta fecha sus credenciales y papeles. Empacamos las cosas en grandes cajas que tardarían meses en llegar a la capital. El bungalow quedó con sus nobles muebles. Iríamos a Nogales, de ahí a Tucson en automóvil y en seguida a San Antonio Texas, en una larguísima etapa. Vi por última vez la iglesia roja, el panteón y el humo de las chimeneas de las Cuatro C. Pero eran otros mis ojos. Los frescos y deslumbrados de la infancia quedaban en esa tierra, para siempre.

Llegamos un atardecer a San Antonio Texas. Se abría una noche de locura. La gente se abrazaba, bebía, cantaba en las calles. El armisticio. La guerra mundial había terminado. La última guerra. No habría más guerras, una terrible e inmensa lección que no se repetiría jamás. Los políticos ideaban ya instrumentos jurídicos que impedirían catástrofes semejantes. Pronto los libros pacifistas estarían en las manos de los jóvenes: *La grande ilusión*, *Las cruces de madera*, etcétera.

De nuevo en la capital nos instalamos en la planta baja de una casa, esquina de Dolores y Nuevo México, hoy Artículo 123. Es decir a dos cuadras de la Alameda, a dos también del mayor mercado de la ciudad, el de San Juan, y a una de la tumultuosa avenida de San Juan de Letrán. El sitio era como el corazón de la ciudad que empezaba a dejar caer sus velos de provincia.

El crucero de Nuevo México y Dolores, fascinante. En una de sus esquinas la célebre pulquería La Paloma Azul. En la otra una botica encantadora con su botamen alemán o francés cubriendo los anaqueles y sobre el mostrador dos de esos grandes frascos de cristal que sostenían, unos sobre otros, a varios más —adorno obligado de las farmacias del siglo XIX— que los boticarios llenaban de agua de colores. Y contra esquina de la botica, La Sevillana, la gran tienda de abarrotes de entonces. Cuando llegó la Navidad se convirtió en

una fiesta. Exhibía sus tesoros: la colación en todas sus calidades y precios, los quesos de Holanda o Francia, los vinos generosos de España en sus botellas doradas y alambradas y en el cuello borlas de seda amarillas y rojas (quienes no las conocieron no pueden entender el sentido del verso de López Velarde: “pasaban como botellas alambradas y destilando un invisible alcohol”) y también, por supuesto los vinos del Rhin en sus botellas alargadas y altas, las ginebras en sus porrones de barro y, rojas o blancas, las cosechas ilustres de los castillos de Francia, y por supuesto, los mazapanes de Toledo en sus estuches, como si fueran joyas. El barrio chino estaba a espaldas de nuestra casa. Era una calle y un angosto callejón con sus cafés pintados de ese rojo opaco típico y las tiendas que en sus aparadores enseñaban muñecas, porcelanas, tés y perfumes misteriosos.

Me inscribieron en la preparatoria, pero no asistiría al edificio grande sino a la “perrera” en el viejo edificio —cuyo primer piso estaba semi hundido— de San Pedro y San Pablo. Los Olmedo Agustín y Álvaro, posteriormente brillantes ingenieros, pasaban por mí y los tres llegábamos a la perrera. A veces en la Avenida Juárez o en Madero, supongo que cuando tenía que asistir a una ceremonia importante, veíamos al presidente de la República rumbo al Palacio Nacional, en su landó tirado por caballos relucientes. Un piquete de guardias presidenciales cubría el frente y otro la retaguardia, el mausser corto a la espalda y en la mano izquierda una lanza en cuya punta ondulaba un banderín morado y negro. A su paso la gente aplaudía y Carranza se tocaba levemente el sombrero alto de seda.

De mi paso por la perrera guardo pocos recuerdos. Formé parte del grupo 1-F que era el de los mayores a pesar de que yo era casi un niño. Cuando terminó el curso nos retratamos. Éramos once; en la foto ya amarillenta rodeamos al prefecto de la escuela don Daniel Huacuja, masón de muy alto grado y académico de la lengua. Tres, cuando pasaron los años, González, Pazy y mi entrañable amigo Luis Pérez Reguera optaron salir de la vida por la puerta falsa, pero en el tiempo que relato todo era para ellos distinto.

Huimos del barrio alucinante. Las ratas y el ruido nos empujaron hasta San Rafael. Una colonia en rápida decadencia, pero en sus calles principales se conservaban muchas de las grandes residencias porfirianas, en Sadi Carnot, Gómez Farías, Manuel María Contreras, las Artes se levantaban las casas de Ramón Corral, Porfirio Díaz Jr. y en una esquina de las Artes la enorme mansión del general Manuel González, presidente fantasma de México.

También en Artes y Rosas Moreno estaba la residencia de piedra rosa que mucho tiempo más tarde de la época que cuento, habitó Renato Leduc. En su fachada, por Rosas Moreno, tenía esculpido en grandes letras el nombre de su constructor y primer propietario, Barón Gregoire de Wollant, personaje pintoresco, marino de brillantes uniformes y embajador del Zar de Rusia ante el dictador mexicano. Me detengo a hablar del San Rafael que conocí porque fue uno de los tantos escenarios de mi vida que se han desvanecido. Ahora es una colonia sin rostro y poco queda de su antigua dignidad.

Volví a la preparatoria pero ya no a la perrera sino a la

Preparatoria, al palacio de fachada de piedra y tezontle que cuando llovía era como un tapiz de terciopelo rojo llameante. La de los grandes patios y corredores de imponentes arquerías, la de los espacios abiertos imaginados para levantar el ánimo, pensar pensamientos y soñar sueños. Nada en mi pasado era semejante.

El horizonte era otro. Entraba a un mundo nuevo. En la Preparatoria enseñaban los maestros famosos. Se podía escuchar a Antonio Caso, a Lombardo, a Sotero Prieto, a López Aguado, a Isaac Ochoterena, a Erasmo Castellanos Quinto, a tantos más. Y fuera de sus muros, las conferencias, los conciertos, los teatros, las revistas y los libros. Los jóvenes leían los cuadernos de la editorial Cultura, las colecciones como la Universal, uno de cuyos títulos, el *Sashka* de Andreiv, dejó una profunda huella en el alma romántica de muchos de mis compañeros.

La Revolución, más sangrienta que nunca, no apagaba sus fuegos. Pero ya no era una lucha por vengar la muerte de Madero y el sacrificio de Pino Suárez, ni por castigar al usurpador, sino por el poder. Las facciones se despedazaban, los caudillos caían uno tras otro. La terrible catarsis que sigue a todas las revoluciones. Esto, por supuesto, se reflejaba en mi escuela. Los jóvenes no eran indiferentes. No pocos —sus hogares se adornaban con el retrato del General Díaz de gran uniforme— afirmaban que todo eso que nos rodeaba era un desvarío, que pronto la república volvería a la razón y que hombres, como en el pasado reciente, inteligentes, decentes, gobernarían en orden a México. Hacían burla de los generales ocultos, de los soldados del sur vestidos de mantas raídas, de los yaquis silenciosos, de los norteños violentos. Eran, en suma, los representantes tardíos de una sociedad muerta, los nostálgicos condenados a desaparecer. Las listas de asistencia estaban salpicadas de nombres de revolucionarios eminentes cuyos orgullosos descendientes empezaban a formar una nueva aristocracia. Aparecían también los estudiantes críticos que imaginaban una organización distinta cuyos apoyos serían obreros, campesinos y estudiantes; en el fondo, en mayoría, quienes pensábamos que la Revolución era una larga y trágica experiencia que no podía perderse, una hermosa y dramática lucha por la dignidad de un pueblo, el nuestro. La Revolución rompió las defensas de cristal que protegían nuestra infancia y adolescencia. Al mover a nuestras familias y deshacer la vieja calma también cambió nuestras vidas, nos arrastró por caminos desconocidos y, por encima de todo, nos reveló al ser mexicano en su dimensión humana y verdadera. Aun cuando no lo quisiéramos marcó indeleblemente nuestras conciencias. Crecimos en medio de sus torbellinos. Fuimos, inevitablemente, los hijos de la Revolución.

Hoy se dice que el tiempo ha pasado, que es preciso aceptar la modernidad que nos empuja, que la tecnología, la economía, las relaciones internacionales son otras; que muchos de los fines y medios que la Revolución creó son ya retórica vacía y que es urgente crecer y formar un Estado y hasta una patria diversos. Sí, tal vez todo eso sea cierto, pero nosotros sabemos que ninguna transformación política, social, puede ser duradera, real, si no se apoya en la clara voluntad del pueblo. Y esa es la interrogación inevitable. ♦



Soldadera. Archivo Salvat